

ALELUYA

Francisco J. García Cubero

El día esperado había llegado. El alba aún estaba quitándose las legañas bajo el horizonte de un violeta obscuro como el iris de Liz Taylor. La casa estaba fría, no era época de calefacciones. Timoteo, casi a oscuras y con sus manos como fiel guía, recorrió el pasillo, bajó las escaleras y buscó a tientas el llavín que estaba en el llavero del que colgaba un moai de la Isla de Pascua. Hacía un año exactamente de la última vez que lo cogió. Sabía bien donde encontrarlo, nadie lo había cambiado de sitio en todo ese tiempo. Vivía solo. Su soledad era tan absoluta que ni siquiera había una señora de la limpieza a quien echarle la culpa de las pequeñas desgracias domésticas. Con el llavero en una mano, agarró fuerte el pasamanos de la escalera con la mano libre. Subir le costaba más que bajar, pero esta mañana el dolor se había mudado de barrio. De las articulaciones al corazón. En realidad, había vuelto a casa. Desde hacía nueve años nunca se había marchado del todo de allí. El cuarto de baño con la puerta azul turquesa estaba cerrado con llave. Él usaba el que estaba dentro de su habitación, era más pequeño y sólo tenía un pequeño ventanuco de ventilación que le permitía mirar el cielo azul o el cielo negro como el tiempo pasando a través del ojo de una aguja manchada de barro. Mientras subía la escalera se rascaba la cabeza con la mano en la que llevaba el llavín. Los movimientos de la mano hacían que el llavín sonara metálico chocando contra la arandela metálica del llavero. Su pelo era puro estropajo y al rascarse dejaba un rastro de polvillo marrón. El último peldaño

había quedado atrás cuando sonó con impertinencia el despertador. Timoteo lo puso como precaución, por si no se despertaba, aunque él sabía que era totalmente innecesario. La radio había estado encendida toda la noche; la emisora de música clásica vigiló su sueño y le confortó en sus momentos más tristes. Que los hubo. Todas las noches. Desde aquel día que desearía no haber vivido, cuando apagaba la luz, ya acostado, con la cabeza reposando sobre su fina almohada de pluma, le venía la imagen de su hijo saliendo como un golem del fondo del río. Y las palabras que le hacían saltar del lecho como si un hierro al rojo le dejara una huella indeleble en su estómago resonaban en la estancia venidas desde el más allá de su dolor: “sí, soy tu hijo”. El sonido estridente del despertador le pareció sacrílego, irreverente en un día como aquel. Corrió para apagarlo. La habitación empezaba a llenarse con una luz tímida, modosa como una pareja que apenas se conoce y que se hace las típicas preguntas de rigor para romper el hielo y darse cuenta de si el uno y el otro llegarán a intimar alguna vez. Timoteo tuvo un segundo de calma, el tiempo exacto en el que miró la habitación con los ojos de un extraño. La cama deshecha y las polvorientas sábanas amarilleadas por la lejía barata, la moqueta que cubría el suelo llena de manchas de grasa y cercos de bebida evaporada. Las cortinas, estampadas con unas flores de nombre desconocido para él, tenían pequeños agujeros ofrenda de las polillas que se colaban en los meses cálidos, el tocadiscos reposaba en un rincón, con el plato girando sin disco alguno en él. Salió de su instantánea quietud cuando cayó en la cuenta de que estaba desnudo, al verse reflejado en el espejo de 1919, que se encontraba frente a la cama, en la pared opuesta al ventanal. Su cuerpo era el de un viejo, pliegues en el vientre, pellejos en los brazos y muslos, y estrías

que reflejaban lejanos tiempos de opulencia física. Los surcos en la piel estaban rellenos de polvo seco, un polvo marrón, un maquillaje dramático llegado de los oscuros reinos en los que campa a sus anchas la muerte por asfixia. Su vejiga le pedía a gritos un alivio. Entró en el baño y se puso a mear mientras su vista fue a parar a la bañera. Estaba llena a medias. El agua era de color chocolate con avellanas. En la superficie flotaban pelos, hojas secas, restos de césped y una envuelta de chicle. La vista de la bañera le confirmó que el día de vaciarla y limpiarla era hoy mismo, y que esa sería la primera tarea tras desayunar. Se vistió con un pantalón corto de deporte y una camiseta con publicidad de tabaco de mascar Red Chief, mientras bajaba con precaución la escalera y se adentraba en la cocina. La mesa de la cocina parecía la pradera de Little Big Horn tras la carga de Sitting Bull. Restos de pollo, costillas, salsa barbacoa pringando platos y vasos, plásticos huérfanos y pan de molde mohoso. En el fregadero había una colisión múltiple de cazos, ollas y platos de papel cartón con restos secos de pizza. Su taza preferida estaba impoluta sobre el alféizar de la ventana que daba al patio trasero. Abrió el grifo del agua caliente, esperó a que el agua humeara, colocó una bolsita de té dentro y abrió una gran caja de galletas de la que cogió un par. Agarró una bandeja y puso la taza y las galletas en ella. Se la subió a su habitación. Dejó la bandeja en la cama para que la bolsita tiñera el agua. Se puso manos a la obra con la bañera. Le costó quitar el tapón, no sólo el peso del agua presionaba en sentido contrario. El fondo estaba sembrado de pequeñas chinitas y chicles secos. Puso un filtro en el desagüe para recoger los restos sólidos. Cuando el agua se fue cañería abajo, el suelo de la bañera mostraba un polvillo rojo que cualquiera haría pasar por un rastro sanguinolento. Volvió a

la habitación para tomarse el té y las galletas. El té estaba casi frío, pero era así como le gustaba beberlo. Al masticar las galletas se sintió en paz consigo mismo. Recordó que habían pasado ya nueve años y un mes desde que se reunió por primera vez con su hijo, en un bar de putas, en las afueras de la ciudad. Era su hijo quién decidió que fuera allí. De alguna manera era su auténtico hogar, no el de su hijo, sino el suyo. Era un putero, no le parecía nada de lo que alardear, pero tampoco veía qué había de malo en ello. Quizá lo único malo fue que nunca dejó de serlo, ni siquiera tras casarse y ser padre por primera y única vez. Su esposa aguantó tres meses de mentiras e infidelidades y lo puso de patitas en la calle. No vivían lejos, pero él nunca tuvo agallas para enfrentarse a la situación, y dejó que esposa e hijo salieran de su vida. Así fue hasta que un día recibió una carta en la que su hijo, ya mayor de edad, le pedía que se vieran en el Club Pinky's para conocerse. Timoteo rememoraba aquel encuentro y lo veía como el momento más perfecto de su vida. Los polvos con las putas le permitían volver a casa agotado y vivo, pero nunca le dieron más felicidad que lo que duraba la corrida. La entrevista que mantuvo con su hijo fue algo real. Y sólo por eso ya valía mucho más que todos sus coitos de rebajas y saldos. Él no habló mucho. Lo justo para asentir o negar con monosílabos aquello que su hijo le contaba o preguntaba. Consciente de la imposibilidad de cubrir una travesía de tantos años en un solo encuentro, Jero decidió decirle a su padre las cosas de un modo distinto. Le alargó un disco que llevaba su foto en la portada. Jero era músico y tenía un disco editado. Timoteo se sintió orgulloso de su hijo. Bastaron veinte minutos. Jero le regaló el disco y le dijo que todo lo que tenía que saber de él lo encontraría allí dentro. Timoteo le garabateó en una servilleta su nombre y número de teléfono.

Por si le hacía falta, alguna vez, de alguna manera, como fuera, era su padre, ¿no? De vuelta a casa, ya de noche, Timoteo se desnudó y antes de dormir puso el disco en el tocadiscos. El cansancio le vencía como un peso pesado a un peso mosca, pero el ruido de la aguja contra el papel de la carátula le avisó de que debía darle la vuelta al disco. Se levantó, podía haberlo dejado tal cual y haberse dormido, pero creía su obligación darle una primera escucha aquella misma noche, así que le dio la vuelta al disco y volvió a la cama. Aleluya. Ese era el título de la canción. La sexta canción. Le elevó, le salvó, le redimió. Su hijo había vuelto a su vida. Aquella misma noche decidió cambiar de vida, dejar el puterío, centrarse en sus ocupaciones, rehacer la relación con su hijo y, quizá más adelante, pedir perdón a su esposa. Una epifanía. Cuando acabó el disco, Timoteo era un hombre nuevo. Pensaba todo esto mientras se dirigía al tocadiscos y sacaba de nuevo el disco de su sobadísima funda para poner en el tocadiscos la canción. La habitación se llenó de las notas solemnes del tema y la voz de Jero le alcanzó como una saeta venenosa atravesando sus tímpanos. Se dirigió al baño para acabar de limpiar los restos de polvo. Acabó al unísono con la canción. Dejó girando el disco, hasta que acabara. Subió el volumen, cogió el llavero con el llavín y abrió el baño de la puerta azul turquesa. Ahora le tocaba a él. Tras un año bañándose en las turbias aguas de su baño, le llegaba la hora de la purificación. Desde hacía nueve años, cuando la noticia le sorprendió pintando una silla recogida de la basura; durante todo un año se sumergía en su bañera, a medio llenar, a la que no le cambiaba el agua nunca, ese agua que se iba tintando y ensuciando pareciéndose cada vez más a la del río que se tragó a su hijo. El baño de la puerta azul turquesa era luminoso, la grifería era cromada y mate, el suelo de mosaico verde lucía una

fina capa de polvo, pero en comparación era un baño palaciego. Timoteo entró en la bañera y dejó que el agua, cálida y litúrgicamente, le cayera en la cabeza y descendiendo a tumba abierta le lavara sus penas. Siempre perdía la noción del tiempo durante ese baño. Una vez salió de noche, tras haber entrado a media mañana. Sus manos y pies parecían los de un cadáver, arrugados, morados, desvalidos... Se frotaba con jabón por todo el cuerpo, limpiaba concienzudamente todos sus recovecos, en un año no tendría otra posibilidad de hacerlo. En el tiempo de su baño ceremonial evocaba la llamada telefónica de la policía, que encontró su número entre la ropa del muchacho, dejada en un montón bajo un árbol junto al embarcadero donde desapareció. Y la segunda llamada, cuando el cuerpo fue encontrado y tuvo que ir a reconocerlo al depósito y allí se encontró con la que fuera su esposa, quién denunció la desaparición y por ello también fue citada. Estos recuerdos lo dejaban exhausto y cuando el agua se había llevado toda su miseria por la cañería, la paz le invadía y escuchaba una y otra vez Aleluya, Aleluya, ... Tras el baño hacía una limpieza a fondo de toda la estancia, fregaba el suelo, bruñía los grifos y cerraba hasta el año siguiente el baño de la puerta azul turquesa. La noche siempre acababa por sorprenderle mirando las vueltas eternas del disco en el tocadiscos, con hambre después de no haber tomado nada desde su frugal desayuno y con el estómago protestando como un estibador del puerto en huelga. Pidió una pizza por teléfono y se vistió con un pantalón vaquero limpio y una pulcra camisa marrón de cuello Mao. Esperó en su porche a que la pizza llegara, pagó y sacó de la nevera una botella de vino blanco que descorchó para la ocasión. Se la tomó allí mismo dando pequeños sorbos directamente de la botella. Su casa escupía a un volumen inadecuado para la

quietud de la noche la voz de Jero cantando Aleluya. Tras acabar de cenar, subió las escaleras hasta la habitación para poner por última vez la canción. Se asomó a la ventana que daba a la calle para observar las copas de los árboles. Dos niños volvían de jugar al fútbol en el parque y le gritaron: ¡Loco, borracho, pirado! Se fueron corriendo y riendo. Timoteo no movió un músculo. Lo había escuchado perfectamente, pero no le daba importancia alguna. Él estaba al otro lado, salvado, redimido, y no tenía más que decirle al mundo. Recordaba a su hijo día a día, baño a baño, hundiéndose en la bañera cenagosa, escuchando el Aleluya de Jero, que desde hacía años ya era el suyo propio.